

## El viaje de la historia

El holoreloj avisó a Emeterio. Tan enfrascado estaba en su trabajo que, seguro, sin ese aviso hubiera seguido horas trabajando, saltándose el turno de comedor de Titivillustempus, la empresa multinacional puntera en deformaciones temporales.

Sus jefes estaban encantados con su trabajo. Hace cincuenta años que era posible ver el pasado, y veinte desde el primer viaje al futuro. Ahora, gracias a su revisión de los algoritmos, estaban a punto de lograr viajar al pasado.

La polémica, estaba servida. Mucho más radical que cuando se anunció la posibilidad del viaje hacia adelante. Incluso había provocado que la poderosa confederación de naciones libres del norte firmara el manifiesto de la federación sureña. 1245 de los 1300 países de ese globo azul que se llamó Tierra una vez presentaban sus dudas al respecto, temían que se alterara el desarrollo de la historia y que, como suele ocurrir, los cambios no fueran para bien.

De todas formas, eso es política. A Emeterio le daba igual, lo suyo era hacer el trabajo bien, que ya lidiarían sus jefes y sus abogados con lo que hiciera falta. En especial, Clarita, esa bella letrada, experta en derecho cronológico, que conoció hace un par de Navidades, en la cena de la empresa, y que desde entonces compartía su apartamento y su vida.

Una vez terminó en el comedor, como era habitual, pasó a la sala de descanso y relajación de la quinta planta, para retomar fuerzas y poder continuar otras cuatro horas probando códigos. Como imaginaba, en el sillón doble esperaba Clarita. Escogieron época y lugar, se colocaron los cascos neuronales y se tomaron de las manos dispuestos a ser espectadores del pasado. Eligieron el 13 de enero de 1968, en la Prisión estatal de Folsom, y se prepararon para disfrutar del concierto que allí dio Johnny Cash con June Carter, Carl Perkins y la banda de Cash "The Tennessee Three".

¡Cómo había disfrutado siendo un fantasma en ese concierto!. Con la sonrisa en la boca, regresando de una visión de más de dos siglos, regresó al laboratorio, se sentó delante de su ordenador positrónico y ¡zas!. La idea feliz le había visitado. Ya lo tenía.

En dos días, estaba en disposición de efectuar pruebas. Pidió permiso a sus superiores y éstos le concertaron inmediatamente una cita con Robert Sauckel, el bávaro que dirigía con mano de hierro la organización. Sentado en su despacho, decorado con el estilo de las primeras décadas del siglo XX, con aparente ausencia de tecnología alguna, su aspecto era imponente, a pesar de su poca presencia física.

Sauckel dejó sobre la mesa el informe plasmático y le dirigió una helada mirada que lo dejó clavado sobre la baldosa. Estaba seguro de que harían las pruebas, con o sin permiso de las comunidades de naciones.

oOo

Ya estaba preparado todo. En la pequeña isla báltica de Portowa, se había construido en tiempo record un bunker que les aislaba de las miradas indiscretas. El stratojet había depositado un reducido número de personas, diez, concretamente, entre los que estaban

Emeterio Feliu, Clara Piñoles, Robert Sauckel y los dos guardaespaldas personales de Sauckel, Adler y Alger.

Adler iba a ser el candidato a usar la máquina por primera vez. Típico teutón, rubio y del tamaño de un armario ropero, era tan rápido de reflejos como un caracol reumático. Puede que Sauckel pensara que si no volvía, no perdía gran cosa. Lo cierto es que a Emeterio le satisfizo la elección, no se veía como conejillo de indias de su propio invento.

No querían jugar a la ruleta y programaron la máquina 50 años en el pasado, en ese mismo lugar. Sabían que excepto renos y árboles poco encontrarían, desde mediados del siglo XXI la isla era una reserva natural, así que poco daño podrían causar a la historia. Adler pasaría un día, tomando notas, y regresaría, aparentemente segundos después de marcharse, para que enseguida los médicos le sometieran a todas las pruebas endiabladas que se les ocurrieran.

Clarita vio como Sauckel le dio un portafolio a Adler, y creyó que Alger manipulaba el holoteclado, pero con los nervios de la situación, no le dijo nada a Emeterio. En unos segundos harían historia.

Adler entró en la máquina, Emeterio accionó el mecanismo y, como estaba previsto, enseguida regresó. Pero... pero algo había pasado. Vestían distinto, sobre todo Sauckel, que aparecía uniformado en negro, con gorra de plato. Adler se cuadró, alzó el brazo y saludó a Sauckel con un sonoro ¡SiegHeil!.

Sauckel sonrió. Les contó lo ocurrido, pero no hacía falta: todos conservaban en sus cerebros dos recuerdos: los que habían vivido o creído vivir hasta ahora, y los de la historia alterada que era su nueva vida. Adler se trasladó no cincuenta años atrás, sino a 1941. Le dio información suficiente para que, una vez facilitada a Hans Frank, el III Reich ganara la guerra. Su tatarabuelo Fritz Sauckel, gauleiter de Turingia, le mandaba un abrazo a través del tiempo. No en vano, le había ahorrado morir en Núremberg.

El mundo, desde luego, era otro gracias a su invento. Pero no le dio tiempo a lamentarse. Alger les disparó un tiro a bocajarro, poco antes de destruir la máquina. Los cuerpos sin vida de Emeterio y Clarita se mezclarían con las bostas de los renos en este islote del renacido Reich de los mil años.

Al caer al suelo el cuerpo de Emeterio, su centro de ocio portátil se encendió. Cuando subían al stratojet de *Titivillustempus*, se escuchaba a lo lejos una canción del siglo XX, que un día fue grabada en inglés... en alemán.

*Siewissennicht, Das werdeichaberbisichmichfinden*

*EinMädchen, das zubleiben und werdenichtspielen hinter mir*

*Ichwerde sein, was ich bin*

*Eineinsamer Mann*

*Eineinsamer Mann*